

maría eugenia
pastrana

finalista
en el
concurso
de cuento

la creación de la abuela

La terraza llena de macetones con helechos y begonias como de cera, que eran su orgullo, daba al río. Más allá, a espaldas de la casa, estaba el mar. La abuela Maclo, como todas las tardes, descansaba en su mecedora de bejuco y miraba los pájaros puntuales, que se acomodaron en los alambres de la luz y a una señal secreta volaron hacia el bosque.

A esa hora, en que la brisa refresca la casa, Irene, enredándose en la hamaca, se columpiaba tratando de imitar el ritmo acompasado de la mecedora de la abuela. Porque la Abuela era eso: ritmo. Ritmo al caminar suavemente moviendo sus amplias caderas, su vientre, sus viejos senos. Ritmo cadencioso al agitar su abanico de palma guinda y amarillo, o al subir y bajar las puntas de su escote para refrescarse. Ritmo al echar su cuerpo hacia atrás y hacia adelante, con el siempre lento vaivén de su mecedora seguido por disonancias de madera.

La Abuela nunca tenía prisa. Parecería que dibujara sus movimientos, nunca un ademán brusco que cortara el poema que era verla deslizarse por la casa, flotar por la casa en líneas onduladas, como los lanchones cuando se dejan llevar por la corriente.

—Abue, ¿por qué el tío Fernando le dice ‘costilla’ a la tía Clara?

—Burra, porque es su esposa! —intervino Ernesto que hacía su tarea.

—No le digas así a la Nena.

—¿Qué, no se les dice ‘costilla’ a las esposas?

—Así es —respondió calmadamente doña Maclo—, mientras abanicaba su rostro.

—¿por qué, Abue? —insistió Irene.

—¡Ay, no te digo! ¿No sabes que primero hizo Dios a Adán y luego le quitó una costilla de donde sacó a Eva? por eso —sentenció Ernesto en tono doctoral y mirando triunfalmente a la niña—: “La mujer debe obediencia al varón y se someterá a su dominio” ¿Verdad? ¡Abue, díle!

—¿De veras, Abue? ¿Así nació Eva? —preguntó la nieta.

—Más o menos —sonrió doña Maclo—, un día te cuento.

—No, ahora, Abue, cuéntame ahora —dijo Irene curiosa.

—Bueno... Hace muchos, muchos años crecía junto al río un viejo árbol. Un caracol, como ese que Neto tiene en su mano, dormía a sus pies. Pues bien —hizo una pausa como recordando—, del caracol, en el que el viento guardó la canción de los mares, entre olas de luz verde y espumas, nació la primera mujer.

¡Claro —añadió anticipándose a la pregunta del nieto— que ese era un caracol mucho más grande que éste!. Para que cupiera una muchacha! Una muchacha que además era muy bella, y que al despertar esa primera mañana paseó por la playa, atravesó el bosque, subió al monte y llegó hasta estos campos. Pero entonces no estaban ni el pueblo, ni la casa.

—¿Ni el corral?

—No. Tampoco el corral. Había animales, pero vivían libres.

—¿Y luego?

—Cuando la joven caminaba por la ribera del río —continuó la anciana—, le pareció que una serpiente la llamaba:

—¡Eva, Eva!

Y como no había nadie más en el mundo, fuera de los animales supo que así se llamaba.

—¿Has visto, Eva-dijo la serpiente— que aquí hay suaves frutos para comer, ríos henchidos de peces, y yerbas verdes en la tierra por donde se mueven por parejas los animales? Así fue hecho para tu deleite.

Y Eva vió los árboles y los animales y les dió nombre, sin adueñarse de ellos.

—¿Has visto, Eva, el firmamento y sus dos grandes lumbreras, que fueron hechas para causar tu admiración? ¿Has escuchado a las aves de trinos distintos que pueblan el cielo? Macho y hembra fueron hechos y tienen en si mismos la simiente de su género para que ellas mismas se propaguen. —Y después en casi un susurro chasqueando su lengua añadió: ¿Sabes, Eva, que eres bella y muy dulce y que no existe nadie más que lo sepa?

La joven quedó pensativa por las palabras de la serpiente. Se miró en el río como en un espejo que le devolvió su imagen solitaria y comenzó a llorar desconsolada. Pero, un eucalipto que recogió sus lágrimas, como alargadas gotas de cristal pulido y se adornó con ellas, le aconsejó:

Eva, no llores, Haz otra cosa, menos llorar.

Por eso las niñas —continuó la Abuela— tampoco deben llorar porque se ponen feas. Eso mismo pensó Eva, y se dijo que el consejo del árbol era correcto, así que movió graciosamente sus manos, luego sus brazos, sus piernas y todo su cuerpo con armonía. Sintió placer e inventó la danza. Al bailar su danza plasmó a otra mujer semejante a ella y así pobló la tierra de mujeres que cantaban y reían. Pero, aunque ya tenía compañeras, Eva seguía triste.

—¿Qué pasa ahora, Eva? ¿Lloras de nuevo? —dijo molesto el eucalipto.

—No sé, me siento sola. Quisiera tener a alguien, a alguien diferente, como entre los animales que andan en parejas.

—Mmm. . . pudo apenas responder el eucalipto reflexionando.

Mientras, las lágrimas de Eva y las de las otras mujeres, brincaron al cielo convirtiéndose en candelas de la noche. Y

las lágrimas de las niñas, como eran más pequeñas y no podían volar muy alto, se transformaron en cocuyos, que son la sonrisa de la obscuridad. Por eso no hay que llorar, porque el cielo está lleno de estrellas y cocuyos.

—¿Hay agua de jamaica, Tila? —interrumpió la anciana su relato cuando pasó su ahijada—, Traenos una jarra. Con hielos, por favor, y pon más flores a remojar para que se hiervan en la noche.

—¿Abue, sigue! —gritaron los nietos.

—No sean impacientes. ¿En qué me quedé...? Ah... entonces los dioses al ver tan adornado el firmamento se compadecieron y mandaron a la tierra una gaviota. Una gaviota que puso un enorme huevo azul. De este huevo se engendró Adán. Y cuando Eva lo vió, sonrió complacida. Y vió que era bueno. Luego, tomados de las manos se vieron profundamente a los ojos, y más tarde, en el vientre de la primera mujer. despertó un ser en el que comenzó todo el amor.

Y después, dijo doña Maclo —reiniciando el compás de su mecedora, que había interrumpido al comenzar la narración—, nació la abuela de la abuela de mi abuela, y el abuelo del abuelo de mi abuelo, y de ellos: la abuela de mi abuela y el abuelo de mi abuelo, luego: mi abuela y mi abuelo y tu abuelo y yo, y tus otros abuelitos y tu papá y tu mamá y después Ernesto y luego tú.

—¿Y el eucalipto, Abue? —dijo la niña a la anciana que pensaba si no se había enredado con lo de los abuelos—, ¿Qué pasó?

—Ese-explicó entre un rechinar de maderas— como no podía abanicarse porque se rompían sus hojas (¿recuerdas que eran de cristal?), una tarde en que hacía mucho calor decidió irse de aquí a un lugar más frío, por eso crece tierra adentro.

Irene satisfecha, tomando el caracol que había dejado Ernesto, se lo colocó en la oreja, pero el niño desconcertado preguntó:

—¿Abuela, entonces lo de la costilla...?

—A —dijo riendo doña Maclo mientras llevaba a su boca el vaso con agua de jamaica— esa es una vieja historia que inventó tu abuelo hace ya mucho tiempo. J

